

ALBERTO ROJAS GIMÉNEZ Y EL PERÚ

DOS CRÓNICAS OLVIDADAS

Carlos Fernández López y
Valentino Gianuzzi
University College London

El 11 de diciembre de 1925, el poeta peruano César Vallejo publicaba una crónica titulada “La conquista de París por los negros” en el semanario limeño *Mundial*. En ella, Vallejo explicaba su reticencia a la hora de hablar de su propio quehacer poético y, al hacerlo, el autor de *Trilce* se refería a dos comentarios recientes sobre él publicados en la prensa latinoamericana:

No voy a relacionar para nada mis elogios al arte negro con mi obra poética, ni vaya a verse en aquéllas explicación alguna de mi estética. Libre es el blanco de llamar a mi verso, verso negro, y el negro de llamarlo blanco o rojo. Yo no me meto en ello. Alberto Rojas dijo en *El Mercurio* de Santiago de Chile que ante el revolucionarismo de mi libro *Trilce*, resulta ortodoxo y académico el disparate de Francis Picabia, y si yo he expresado luego, en una entrevista que me hizo últimamente el corresponsal en París de *El Diario de la Marina* de La Habana, que no tuve nunca la mente de seguir al autor de *Relâche* ni a escuela literaria alguna, lo hice sólo respondiendo a una pregunta categórica del amable periodista cubano. Siempre gusté de no discutirme ni explicarme, pues creo que hay cosas o momentos en la vida de las cosas que únicamente el tiempo revela y define.¹

La entrevista a la que se refiere Vallejo fue publicada en *El Diario de la Marina*, se debe al escritor y caricaturista Armando Maribona y ha sido ubicada solo recientemente.² El artículo de Rojas Giménez no se conoce hasta hoy, incluso tras

¹ César Vallejo. “La conquista de París por los negros”, *Mundial* 287. Lima, 11 de diciembre de 1925, s.p. Reproducido en César Vallejo. *Artículos y crónicas completos*. Edición de Jorge Puccinelli. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 169-172.

² Véase Carlos Fernández y Valentino Gianuzzi, “Una entrevista a César Vallejo olvidada”. *La República*. Lima, 15 de noviembre de 2008.

una búsqueda exhaustiva en *El Mercurio* de Santiago, lo que hace suponer que no se publicó o que apareció en alguna otra publicación.³

Gracias a esta búsqueda, sin embargo, se han encontrado dos crónicas poco conocidas o desconocidas del poeta de *Carta-Océano*, ambas aparecidas en *El Mercurio* y, coincidentemente, ambas relacionadas con el Perú. Ninguna de ellas está incluida en *Chilenos en París*, recopilación de crónicas que realizó el propio Rojas durante su vida. Tampoco pueden encontrarse en la edición de Oreste Plath, *Alberto Rojas Jiménez se paseaba por el alba*, la más inclusiva de la obra de Rojas; tampoco se hallan en la bibliografía de prosa dispersa que cierra esa compilación.⁴

La primera crónica documenta el paso de Rojas Giménez por Lima de camino a Europa, en julio de 1924. En ella se narra el viaje turístico que hace en compañía no solo del pintor Pachín Bustmante, quien viajó con él, sino del poeta argentino Oliverio Girondo, quien se encontraba en Lima en ese momento. La crónica estaba acompañada de dos fotografías, una, del Palacio de Torre Tagle, y la otra de la Plaza Mayor y la Catedral de Lima.

La segunda, escrita ya en su estadía parisina, es una semblanza del geógrafo peruano Hércules Arrigoni. Arrigoni ya había sido motivo de una crónica de César Vallejo, recientemente descubierta.⁵ La crónica de Rojas está acompañada de una fotografía del geógrafo en la Sociedad Geográfica de París.

A continuación se reproducen ambas crónicas. Se han corregido solamente algunos errores ortográficos.

GLOSARIO DE LIMA

por Alberto Rojas Jiménez

Lima moderna. — El encanto de la colonia. — El Palacio de Torre Tagle. — Visiones de maravilla. — La Catedral. — El cuerpo de Pizarro. — La leyenda de la Perri-Choli. — La Quinta de la favorita. — La ventana de la Cancionera. — Las torres de Santa Rosa. — Junto a estas palmeras... — El espejo de la amorosa.

³ Debemos mencionar, sin embargo, que la colección de *El Mercurio* que se conserva en la Biblioteca Nacional de Chile carece de los números correspondientes al 11 de enero y el 1 de noviembre de 1925.

⁴ Véase, Rojas Giménez, Alberto. *Chilenos en París*. Santiago de Chile: La Novela Nueva, y *Alberto Rojas Jiménez se paseaba por el alba*. Recopilación y prólogo de Oreste Plath. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1994.

⁵ Véase Carlos Fernández y Valentino Gianuzzi, *César Vallejo: textos rescatados*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

Lima, julio de 1924.

Para el viajero que por vez primera cruza las calles de la capital del Perú, la primera impresión es el desencanto. La leyenda de la vieja ciudad le hacía esperar muy otra cosa de la que sus ojos están viendo. Guiados por la gentileza de nuestro amigo César Guzmán y Medina y de su esposa doña Matilde Moncloa y Covarrubias, y en compañía de los poetas argentinos Oliverio Girondo, Óscar Antonio Sucor, del escultor polaco Sae Dougelowitch y del pintor chileno Abelardo Bustamante, el auto nos lleva a lo largo de las avenidas y alrededor de las plazas recién inauguradas, en cuyas construcciones, modernas y demasiado nuevas, no encontramos nada de lo que para nuestra curiosidad de artistas en peregrinación debiera ofrecernos la legendaria ciudadela del Rímac.

El desaliento dura sólo un instante.

En rápida carrera hemos cruzado la flamante Avenida Leguía, orgullo de Lima moderno; hemos dejado atrás la Plaza 2 de Mayo, el arco árabe obsequiado por la colonia española en el reciente Centenario de Ayacucho; los Jirones de la Unión y de los Plateros de San Agustín, para detenernos, por fin, frente al primero de los tesoros arquitectónicos de Lima colonial.

Este es el Palacio de los Marqueses de Torre Tagle.

La sombra venerable de don José Bernardo de Tagle y Bracho, primer Marqués de Tagle, nos precede.

Desde que cruzamos la maciza puerta de entrada, tallada en algarrobo, la maravilla nos envuelve.

Entramos en un amplio patio de azulejos. Nos rodea la arquería que forma un corredor cuadrangular de puro estilo mudéjar. Al centro, igual que aquellos que fueron regalo de favoritas en la cálida tierra de los sultanes, un surtidor eleva su hilo de plata y canta en la quietud luminosa de la fuente.

Sobre el suelo de azulejos, las columnas de la arquería se reflejan como en el agua dormida de un estanque. Atravesamos las salas del piso bajo. Todo lo que hay allí, decorado y mobiliario, es de la época y constituye una riqueza inestimable que se conserva con cariñoso celo.

En estas salas, en las que los clavecines hicieron vibrar músicas antiguas y sobre cuyas alfombras, damas y señores de empolvada peluca bailaron muchas veces la pavana del tiempo viejo, se hallan instaladas ahora las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.

Una escala, suntuosamente labrada, nos conduce al segundo piso del palacio. Las murallas están cubiertas de valiosos frescos, que el tiempo ha deteriorado y que el pintor Cossío del Pomar restaura con cariño y con talento.

Igual que las salas del primer piso, las del segundo conservan el decorado suntuoso y el mobiliario Reina Ana, del tiempo de los fundadores de la casa.

Entrad en este salón. Impasibles, en la inmovilidad de la tela, los ojos oscuros de doña Mariana Micaela Echevarría, marquesa de Torre Tagle, y la mirada ingenua y fresca de su noble esposo, os contemplan.

¡Qué calma profunda encierran estos muros! Los tapices, que los años no han gastado aún completamente, amortiguan los pasos del visitante, y hasta las palabras adquieren aquí suavidad de sueño. Un ancho portal mozárabe, conduce al adoratorio del palacio.

Al fondo, el inmenso altar de estilo plateresco. Vírgenes y Cristos de retablo. Y en un costado, iluminado por una lamparilla de aceite perennemente encendido, en San José, de gran valor pictórico, hecho a devoción de don Juan de Dios Pereyra de Castro.

Existe en este país de tradición el culto romántico del pasado. Lima está lleno de reliquias históricas. En las calles, en las construcciones y hasta en las costumbres, la fusión de las dos civilizaciones, española e incásica, se conserva intacta.

El alma nativa está latente. Basta observar a las gentes del pueblo. El sentido colorista, sensualmente colorista, de los antiguos quechuas, se mantiene a través de las generaciones, tan puro como en los tiempos del Inca Yupanqui.

Vamos a salir. En un último salón, un marco de ébano encierra la traza melancólica y grave de un caballero. En el rostro pálido y alargado, solo los ojos viven, apagados y tristes.

Es don Manuel de Tagle Ysasage, último vástago del marquesado.

*

En esta tarde de invierno, comparable a las veraniegas tardes de la tierra chilena, he cruzado el atrio y las naves de la Catedral de Lima, otro valioso monumento de arquitectura colonial, para detenerme no sin emoción ante la urna que guarda el cuerpo de Francisco Pizarro.

Hace un momento, los coros del Te Deum llenaban el ámbito. Hoy, 28 de julio, el Perú celebra el aniversario de su Independencia. He visto entrar en la Iglesia al Presidente Leguía, de cuerpo menudo y cabellera blanca, rodeado de sus Ministros y seguido de altas personalidades del Ejército y la Diplomacia.

Afuera, las bandas militares ejecutan el himno nacional, y las tropas, con sus vistosos uniformes, recuerdan los tejidos policromados y las manufacturas decorativas de los nativos.

Terminada la ceremonia, el templo ha ido quedando vacío, y ya somos sólo tres los que esperamos ver el cuerpo del fundador de Lima.

Un lego nos precede y entramos en la capilla de la Virgen de la Antigua.

Nuestros ojos, no acostumbrados aún a la penumbra del templo, nada distinguen. Nuestro cicerone enciende un cirio y avanzamos. A la claridad amarilla de la llama, emerge el altar del adoratorio, todo de plata repujada.

En un costado de la capilla, aparece el féretro, de mármol blanco. Sobre una lápida, en letras de oro, se consignan las fechas de la fundación de la Villa, de la muerte del capitán, y de la sepultación definitiva de sus restos.

Un ancho pedestal sostiene la urna. El guía quita el paño que la cubre y a través de las paredes de cristal vemos el cuerpo momificado del fundador.

Descansa sobre una colchoneta de terciopelo morado, y tiene el color de marfil quemado de las momias.

Un trozo de algodón junto a la garganta y otro en el pectoral derecho, marcan las heridas que le infirieron sus enemigos y que le hicieron caer, hace cuatro siglos. Los ultimadores del desgraciado capitán fueron despiadados y crueles. En mitad de los muslos y junto a los tobillos, puede verse la huella profunda que dejaron las ligaduras al ser arrastrado su cadáver por las calles de Lima.

El cuerpo del conquistador fue enterrado en el Patio de los Naranjos del antiguo Palacio de los Arzobispos, y sólo en 1891 se le dio cristiana sepultura en esta Catedral.

En un tubo de plata, junto a sus restos, se conservan los documentos de la fundación de Lima, realizada en enero de 1535.

Delante de nosotros el lego nos muestra y nos hace detenernos ante cuadros religiosos atribuidos a Murillo y otros maestros de la escuela española. Nos lleva en seguida hasta la magnífica sillería del coro, maravillosamente tallada en cedro; vemos “El hallazgo de la Virgen de Belén”, famosa obra de artistas nativos de una ingenuidad conceptiva que asombra; mas nuestra atención no se concentra. El recuerdo heroico y doloroso del capitán Francisco Pizarro ha de acompañarnos aún por algún tiempo.

*

Al doblar la Avenida de los Descalzos, al fondo de la calle Malambo, como en una decoración de teatro, un palacio de coral aparece a nuestros ojos.

El sol de la tarde incendia sus muros de piedra rosada.

A las puertas de la verja, soldados de infantería montan guardia.

Es éste uno de los recintos más evocadores de Lima: la famosa Quinta de la Perri-Choli.

Corren los años del Virrey Amat. Una cancionera criolla, impone su gracia y su belleza en los tablados de la villa.

Cabellera de ébano, pupilas de ébano encendido, carne de marfil moreno, todo se rinde al hechizo imperativo de su capricho.

No escapa el Virrey a su fascinación. La conoce y la hace su favorita. Para abrigar sus amores hace construir este palacio. Y para solaz de la amorosa encierra en él todo lo apetecible que se sujeta a su poderío.

En la alta noche rayada de luciérnagas, la calesa del Virrey cruza la verja de cobre y se detiene junto a la escalinata. Dos surtidores crecen en la sombra, y las estrellas

anclan en las fuentes. Junto a esta ventana de barandal carcomido por el tiempo, la voz mimosa y cálida de la Perri-Choli cantaba al saludo de los amantes.

Y al pie de estas palmeras gigantes, junto a estos corales que aún florecen, fue que en las caliginosas siestas de hace tantos años, las hamacas, mecieron su cuerpo de tentación y de pecado.

Desde esta alta ventana, por encima de las copas de los árboles y más allá de los murallones que cercan el huerto, emergen las torres doradas de Santa Rosa.

Allí, bajo la tierra que hollaran las plantas de la Santa de Lima, duerme el largo sueño la Perri-Choli, flor de perversidad, cuya vida luminosa se apagó en gracia y olor de celestía.

En la que fue alcoba de la favorita, amplia sala con artesonados de oro bruñido y suelo de ladrillos, se conserva el espejo en que acostumbraba corregir su tocado.

Las primeras sombras de la noche entran en la estancia. Desde el fondo del cristal, que los años han amarillado y desvanecido, un hombre de capa y sombrero ancho me mira con tristeza...

Alberto Rojas Jiménez.

[*El Mercurio*. Santiago de Chile, 24 de agosto de 1924, p. 9.]

LA VIDA AVENTURERA DE UN JOVEN GEÓGRAFO

por A. Rojas Giménez

París, julio 1926.

Fue en una de estas mesas cosmopolitas que llenan los cafés de Montparnasse, donde hace cosa de dos años trabé conocimiento con el hombre que fabricaba mundos. Era un joven pálido, de trazos seguros, de mentón voluntarioso. En el desorden de nuestra primera conversación, sólo pude darme cuenta de que las actividades de este hombre se hallaban ubicadas entre el teodolito y el astrolabio. Conocer en Montparnasse fabricantes de telas, de poemas, de filosofía o de esculturas, no es cosa maravillosa. Pero toparse con un hacedor de continentes, de mares, de islas, de volcanes y de desiertos, ya pasa de los límites de lo ordinario.

Algún tiempo más tarde, en encuentros posteriores, conocí su nombre y él extendió ante mí la historia de su vida. Había nacido en el Perú. A la edad de siete años, encaramado sobre el tejado de su casa, conoció el amor de las grandes extensiones y comprendió la belleza de los horizontes ilimitados. Mientras todos los niños de todos los pueblos agrandan sus ojos delectando los cuentos de Andersen o el relato fantástico

de Verne, mi amigo coloreaba los continentes y echaba a vagar su imaginación sobre los mares y los países del mundo que encierra un álbum de mapas. Pasó el tiempo, se abrió ante sus pasos el abanico de los caminos y empezó a medir con sus pies las distancias que en las veladas infantiles había marcado su lápiz de color. Viajó, y en el teatro múltiple de los viajes encarnó todos los roles con que se juega en la vida.

Condujo barcas sobre las aguas graves del Rhin. Cazó caimanes en Tumbes. Vendió amuletos a los turistas ingleses a la sombra de las Pirámides y máquinas de escribir en las oficinas de New York. Y a los treinta años, hablador de todas las lenguas, conocedor de todas las tierras, la suerte lo coloca en París, como en la primera infancia, frente a una carta geográfica.

En la Sociedad de Geografía de Francia, este hombre que atravesó las llanuras, los ríos y las cordilleras, que cantó a la guitarra en Andalucía y que hizo llorar el acordeón sobre el puente de navíos innumerables, dibuja, mide y construye la carta del mundo.

Un poeta aprisionaría en imágenes la feria universal que vieron sus ojos. Él aprisiona el escenario multicolor entre las dos agujas de un compás.

Hace seis años que esta labor llena su tiempo. Las selvas mexicanas, los volcanes de Guatemala, las viñas de Francia, han sido fijados por su mano. Los contornos de las islas británicas y de la isla de Cuba, diseñados por él, llevan su firma.

Su esfuerzo no encontró ayuda en el país natal. En él se repitió una vez más la vieja historia del hombre que no es profeta en su tierra. A esto, estamos bien acostumbrados en América. Cuántos son los que han salido del Perú, de Chile, del Ecuador o de otros países sudamericanos, que se ahogaban en la atmósfera enrarecida del terruño, y que bajo otros cielos, mezclados a otra raza, encontraron el estímulo y el premio a sus actividades.

La Sociedad de Geografía de París, acaba de otorgar a este joven geógrafo peruano la medalla en oro de “Bonaparte-Wyse”. Es el primer sudamericano que alcanza una distinción europea de esta categoría. Pero esto no basta a rasgar el velo de olvido o de ignorancia con que su patria lo mantiene alejado. Se llama Hércules Arrigoni.

A veces, a la hora del aperitivo, suelo encontrarlo en la terraza de un café. Comienza una historia entre dos chupadas al cigarrillo y termina siempre con la frase que le caracteriza:

—“Hay un hermoso país, allá abajo, que se llama el Perú...”

Alb. Rojas Giménez

[*El Mercurio*. Santiago de Chile, 8 de agosto de 1926, p. 7.]